

Indicador Político

Martes 10 de Febrero, 2015

Carlos Ramírez



Las deudas con el ejército

Con un abrazo a Mauricio Vázquez

Si se **revisa** bien la historia, la marcha de la lealtad que recuerda el apoyo del colegio militar al presidente Madero el 9 de febrero de 1913 ha sido el **símbolo** de la lealtad de los militares no con el jefe del ejecutivo sino con la República. Sin regatear circunstancias, los militares han sido el **eje** de la estabilidad nacional.

Sólo que los civiles exigen y condenan pero **nada** dan a cambio. Los poderes ejecutivo y sobre todo legislativo le **deben** al ejército y a la armada las reformas legales que darían **más** certeza jurídica al papel activo que han tenido en la lucha contra el crimen organizado, a **pesar** de los errores magnificados.

Sin el ejército, la fuerza aérea y la marina armada, México ya hubiera sido **derrotado** por la delincuencia criminal. La participación militar en el combate contra el crimen organizado se hizo en función de la **doctrina** de seguridad interior que es una forma de asumir internamente las razones de la seguridad nacional.

El crimen **organizado** —no sólo los *cárteles* del narcotráfico— se **coló** hasta la estructura del poder institucional del Estado y de hecho **rebasó** la capacidad de respuesta de los cuerpos policiacos. Las fuerzas armadas fueron las únicas que pudieron contener y replegar el dominio criminal que **violó** la soberanía del Estado dentro del territorio nacional.

La participación del ejército en asuntos de seguridad se hizo por razones de **emergencia** y no por caprichos gubernamentales. En Michoacán y Guerrero se percibe hasta qué **profundidad** ha llegado la penetración criminal en tareas exclusivas del Estado como el cobro de impuestos, el control territorial y las actividades públicas y productivas.

Sólo que estos nueve años de actividad militar en la lucha contra el crimen organizado han sido **sin** seguridad jurídica. Los gobernantes y legisladores le **deben** a las fuerzas armadas cuando menos tres leyes que garantizarían con mayor precisión las tareas contra la criminalidad: de seguridad nacional, de inteligencia y sobre todo de **seguridad interior**.

La participación de las fuerzas armadas en seguridad se dio cuando los grupos criminales pasaron a la **apropiación** de espacios del territorio nacional y se superpusieron sobre las instituciones republicanas. Quienes critican el involucramiento de las fuerzas armadas deberían preguntarse **primero** cómo fue que el crimen organizado se **alió** con la clase política gobernante y luego cómo la desplazó del ejercicio del poder.

Las presiones para **regresar** a las fuerzas armadas a sus cuarteles, en consecuencia, se deben analizar bajo la óptica de que la disputa por el territorio se da en el juego de suma cero: lo que los delincuentes **pierden** al ser relegados por las

fuerzas armadas lo gana el Estado en soberanía y lo que el Estado pierde cuando **carece** de fuerza para mantener la soberanía lo **gana** el crimen organizado. Éste es el verdadero **campo** de batalla de la seguridad interior.

Por tanto, la seguridad interior es el factor **clave** para el desarrollo porque el crimen organizado oprime, lastima a la población civil, le quita funciones al Estado, corrompe a la sociedad y opera sólo para aumentar la **riqueza** de los *capos*.

En este contexto, las presiones para retirar a las fuerzas armadas de la seguridad interior forman **parte** de la estrategia política criminal para **gansterizar** espacios territoriales del Estado nacional.

Si las fuerzas armadas han demostrado una **lealtad** a toda prueba con las instituciones civiles, toca ahora a las instituciones políticas —sobre todo el Congreso— ser **leales** con las fuerzas armadas y legislar sobre seguridad, inteligencia y seguridad interior para **garantizarles** jurídicamente a las fuerzas armadas su participación en el combate al crimen organizado.

<http://noticiatransicion.mx>
carlosramirez@hotmai.com
[@carlosramirez](#)